



Entre la quimera y la realidad. Industrialización y utopía social en Jalisco (siglo XIX)

Federico de la Torre de la Torre
Editorial Universidad de Guadalajara,
Guadalajara, 2021, 618 págs.

Por **José de Jesús Hernández López ***

En un contexto en el que uno de los principios enarbolados por el presidente mexicano es la lucha contra la corrupción anidada en el gobierno, la cual propició que la riqueza generada en el país desapareciera de lo público para aparecer en bolsillos privados, en muchos casos de industriales, revisé el enciclopédico libro de Federico de la Torre, quien lleva más de un cuarto de siglo dedicado al estudio de estos temas, y cuyo eje podría ser la ingeniería e industrialización en Jalisco durante el siglo XIX, pero del que se desprenden múltiples cuestiones de relevancia para los interesados en comprender personajes y procesos en la entidad.

255

So riesgo de ser injusto con las más de seis centenas de páginas, con abundancia de fuentes y referencias, en las cuales se materializan tantos años de investigación, elijo enfocarme en uno de los muchos aspectos destacables de la obra, precisamente por su pertinencia en el contexto actual.

A mediados del siglo XIX, en los límites entre Guadalajara y Zapopan, por donde corría uno de los riachuelos tributario del río Santiago, se formó la Compañía de hilados La Experiencia, una sociedad empresarial integrada por familias “de cierto abolengo regional”. Los socios fueron Manuel Jesús Olasagarre, y su primo Sotero Prieto Olasagarre, Daniel Loweree y Vicente Ortigosa quien puso el terreno. Los primeros

* Profesor investigador de tiempo completo, Centro de Estudios de Geografía Humana, El Colegio de Michoacán, México. Correo electrónico: yacatz@colmich.edu.mx.

dos vascos, pero nacidos en Panamá; Loweree de Estados Unidos; y Ortigosa de Tepic, Nayarit. Se trató de una de las primeras compañías industriales de Jalisco que desde 1852 se dedicó a manufacturar algodón requerido para la vestimenta habitual, así como para otros usos. Con su establecimiento también se fue conformando el poblado con quienes laborarían ahí (mujeres, hombres y niños); a los pocos años ya contaba con escuela y capilla, contribuyendo a la formación de una identidad obrera, misma que se ha desgastado desde hace varias décadas tras el cierre de la factoría, y ser absorbida a la metrópoli tapatía.

Con la excepción de Loweree, los otros socios habían estudiado ingeniería. Ortigosa en Francia y Alemania, mientras que Sotero y Manuel en el Seminario de Minería de la Ciudad de México. Loweree era un técnico con experiencia en instalación y administración de otras fábricas contemporáneas de La Experiencia. A diferencia de otras formas de generar riqueza basadas en la extracción de elementos de la naturaleza, en herramientas que requerían fuerza humana o tracción animal, importantes en el desarrollo minero y ganadero de la época, para este grupo de pioneros universitarios la riqueza provenía de la industrialización con otro tipo de tecnologías y de organización.

A Federico no le ha interesado hacer una historia de la tecnología, sino más bien una historia social tomando como columna vertebral la adopción de la cultura científico-tecnológica entre 1840 y 1888, periodo correspondiente con el establecimiento de las primeras sociedades industriales y hasta el momento de la puesta en operación del ferrocarril México-Guadalajara. En consecuencia, definir “industria” es un asunto de particular interés en la indagación, entre muchos más. Antes del capitalismo voraz, que al parecer estuvo vinculado con la expansión del mercado en las escalas nacional e internacional, conseguido al concretar la vía de comunicación y transporte ferroviario a finales del siglo XIX, hubo una primera generación de científicos e intelectuales, organizados y con distintos espacios de confluencia, con pretensiones de transformar la sociedad aprovechando los adelantos tecnológicos.

Varios de estos personajes tenían un importante sentido social y humano, derivado de convicciones propias, aunque innegablemente con una fuerte influencia de las ideas vigentes en Europa desde los primeros decenios del siglo XIX, a saber: las de los utopistas franceses como Fourier, Saint-Simon y Considerant, este último discípulo de Fourier y quien para 1850 se encontraba en Texas con la finalidad de arraigar las ideas del falansterismo.

Los falansterios eran el núcleo de un proyecto de sociedad comunitaria, que transitaba de la organización doméstica a una más compleja –diríamos de una suerte de tecnología blanda-, con capacidad de conseguir más beneficios y repartirlos entre los miembros, aunque sin desaparecer las jerarquías económicas: el mayor porcentaje de la riqueza obtenida sería para el trabajador manual, el siguiente sería para el capital accionista, y por último para los generadores de los conocimientos teórico-prácticos. Eso queda representado en el lema “Inteligencia, capital y trabajo”. De esta manera se aseguraba a cada socio un mínimo necesario para garantizar su derecho a la vida. Al impedir la acumulación se acortaba la distancia entre capitalista y obrero, se creaban las condiciones para la formación de una clase obrera diferente:

participativa, consciente, capacitada, útil, lejana del desorden, vicio y resentimiento social.

En Guadalajara las ideas de Víctor Considerant, traducidas al español, circularon ampliamente. Pero también hubo ideólogos utopistas locales como Francisco Severo Maldonado, originario de Tepic, impregnado asimismo en las teorías del socialismo utópico.

Como bien lo precisa Federico, las ideas de la industrialización referían tanto a una cuestión relacionada con la resolución de problemas técnicos y de comercio, a la par de una manera de lograr el progreso social. Se era consciente de los “efectos perversos que ese modelo generaba en la sociedad” si se postulaba como un fin en sí mismo, posicionando en su lugar “las bondades que le eran inherentes [a la industrialización] si se le encausaba adecuadamente”; si se me permite, la tecnología basada en herramientas y equipo debía complementarse con una estructura organizativa y una finalidad. La justicia social hacia los desfavorecidos formaba parte de ese discurso. Dicho de otra manera: por industria no se entendía un cambio en la forma de trabajar, sino un cambio en el sistema de vida.

Así, además del generoso y sistemático detalle de ofrecer biografías, notas y descripciones técnicas, de señalar la literatura al alcance de aquellos ilustrados y profesionistas, las características de las industrias, la organización para el trabajo, la maquinaria y equipo utilizado, los volúmenes de producción y demás, de manera escrupulosa y bien sustentada el autor muestra cómo la organización social para el manejo de la tecnología requerida para esos nuevos procesos industriales fue un factor fundamental para modificar la mentalidad de los jaliscienses, y por extensión del Occidente de México. Colocada la tecnología como marcador temporal, nos muestra cuáles fueron los personajes, los lugares de discusión, a la par de las ideas que antecedieron y empujaron la quimera del progreso social mediante la operación de industrias aprovechando recursos naturales, mano de obra, las ideas asociacionistas y las buenas relaciones de los personajes con el poder político del momento. Hacia delante de ese marcador se mostrarán los alcances que esos proyectos tuvieron.

Ortigosa, por mencionar a uno de los socios de La Experiencia, mantuvo estrechas relaciones con funcionarios, y siendo él mismo parte del aparato gubernamental buscó influir con ideas innovadoras. Era un utopista social, movido por el ideal de alcanzar el progreso con justicia. Para él la inseguridad, el bandidaje y la vagancia de la época, así como la disparidad económica, podían explicarse por el atraso tecnológico y de comunicaciones, sobre todo en las zonas rurales dependientes del temporal de lluvias, pero también por la carencia de un sistema administrativo eficaz desde las esferas de gobierno. En congruencia con su visión, impulsó compañías rurales, de aprovechamiento del agua con diferentes obras hidráulicas (presas, canales, pozos), de construcción de vías de comunicación y de fomento de industrias conformadas con poco capital para poder ser accesibles a los socios rurales: “se trataba de difundir entre el pueblo campesino del país los conocimientos industriales en aras de mejorar su condición social”.

Los personajes al frente de esta quimera formaban parte de la clase productora, cuyo ideal era contar cada vez con más productores y menos consumidores de cierto tipo; es decir, de más falansterios. Como parte de la doctrina asociacionista se asumía que en toda sociedad había una: i) clase productora conformada por agricultores, industriales, mineros y artesanos, entre otros; ii) otra clase que facilita la producción, en la cual se ubicaba a los comerciantes, médicos, profesores; y iii) una clase consumidora, en la cual se englobaba a niños, ancianos, imposibilitados, pero también a los limosneros, vagos y ladrones.

Si bien muchas de estas ideas tenían como centro difusor a los asociacionistas franceses, no todo fue una calca. Personajes como Francisco Severo lo demuestran en la parte ideológica, pero también a través de la fabricación de aparatos tecnológicos para resolver problemas o volver más eficientes los procesos productivos locales, como fue el caso de los destiladores de agave para elaborar tequila, fabricados por Castaños y López de Lara, constituyendo un genuino desarrollo local. Federico argumenta que se trató de un cambio cultural, que no fue una copia irreflexiva de lo acontecido en Europa, constituyendo más bien un acicate que motivó el deseo de inventar, de mejorar maquinarias, de poner en práctica la ciencia para resolver problemas sociales. De hecho, otra de las trincheras desde donde se fue incentivando una nueva cultura fue la fundación de instituciones educativas. En el fondo eran ideas románticas, con raíces en la revolución francesa, con pretensiones de regeneración, término para referirse al progreso, el orden social, la libertad y la felicidad, pero que, en ese momento, unió a conservadores con liberales, quienes vieron alcanzables los ideales vía esa industrialización.

258

Página tras página del libro queda claro esto: la mediación por la cual se conseguiría remontar las condiciones de los campesinos y clases consumidoras era la de fomentar la transformación de cultivos –además de introducir otros-, poner a disposición de la gente tecnologías mecanizadas para aprovechar recursos naturales como el agua. Al mismo tiempo se requería de una reingeniería del gobierno, apoyándose de la misma manera en el saber científico, ya que además de tecnología y técnicas era importante atender con esa racionalidad lo relativo a la administración pública, un asunto clave. Bastarían un par de décadas para mostrar que el camino de la transformación social con esa mediación era mucho más complejo, pues tampoco hubo un relevo generacional exitoso, quedando así ese proyecto de los utopistas sociales “entre la quimera y la realidad”, como se advierte desde el título de la obra.

No obstante, el derrotero seguido ofrece pistas de mucho valor cuando se compara el caso de Jalisco con el del centro del país. En el caso en cuestión las ideas relacionadas con un cambio en la mentalidad, así como del funcionamiento de la sociedad, fueron impulsadas por una clase ilustrada, educada y con poder adquisitivo, lo cual sin duda tuvo consecuencias más allá de su contexto en el sindicalismo o las luchas obreras, muy diferente a lo acontecido en la capital nacional.

De manera interesante, una de las críticas a la actual administración del gobierno federal es la desestimación de la importancia del factor tecnológico-científico e industrial para que el país avance. Y desde el análisis realizado por Federico en este libro podría argumentarse que tampoco se considera como una especie de hecho social

de mayor amplitud; ciertos adelantos tecnológico-científicos parecen no formar parte de las mediaciones para resolver problemas sociales y favorecer mejores condiciones de vida; es un factor en el que el gobierno se bifurca de la iniciativa privada. Aunque también la crítica se puede pensar de otra manera: tal vez a las clases productoras les hace falta cierto grado de teoría social para facilitar la transferencia de ciertas tecnologías a manos de la gente, a semejanza de los ideales de los utopistas del siglo XIX, a fin de acortar la brecha entre unos y otros.

Se trata de un libro al que además se puede acudir para hacer consultas puntuales por la cantidad de datos ahí proporcionados. Quienes fuimos alumnos del “maestro Federico”, y ahora somos colegas, debemos agradecer este gesto intelectual como una invitación a emularlo.